

EL CONTROL DE LA ESCASEZ

GRAN ballet de los grandes de este mundo durante los últimos días. A partir de la jugosa entrevista de Brejnev y Ford en Vladivostok, los jefes de Estado y de gobierno, los ministros de Asuntos Exteriores, han utilizado abundantemente el avión hasta la entrevista del domingo 15 entre Ford y Giscard en la Martinica. París ha servido hasta cierto punto de centro de todo este movimiento: ha recibido las visitas privadas de Brejnev, de Wilson, de Schmidt; luego ha sido la sede de los Nueve europeos en «conferencia cumbre»: la última con esta denominación, porque en adelante se convertirán en una especie de Consejo de Ministros de Europa —de su Europa—. Otro centro, Bruselas: con la reunión de los ministros de Asuntos Exteriores, primero, y con el Consejo de fin de año de la OTAN, ahora.

SEAN cuales sean las ceremonias, los ritos, los órdenes del día o los comunicados, toda esta coreografía está organizada en torno a los tres fantasmas del tiempo presente: inflación, paro obrero, energía. Tres fantasmas que se magnifican el uno al otro y repercuten sobre todo lo demás. Viven, al parecer, independientes de lo que tratan los grandes. Los países productores, reunidos en Viena, decidieron el sábado 14 aumentar aún más el precio del barril de petróleo, que subirá el 1 de enero de 10,15 dólares a 10,46; 31 centavos de dólar, un 3 por 100 más. Con una cierta astucia, la organización de los países exportadores indica que ese dinero deberá ser tomado de los excesos de beneficios de las compañías petroleras, que son excesivos; con ello quieren decir que si el producto que llega al público sufre un nuevo aumento, no será culpa suya, sino de esas compañías que querrán mantener sus beneficios muy altos. La distinción servirá de poco. Las compañías no renunciarán probablemente a repercutir sus nuevos precios, pero aunque lo hicieran, no por ello dejaría de ser una nueva contrariedad para la economía occidental. Estando como está organizado el capitalismo internacional, intercomunicado, conectado, la disminución de beneficios tendrá una repercusión general. En palabras simples, el 3 por 100 que van a recibir de más los países exportadores, será un 3 por 100 que tendrán de menos los países consumidores.

ESTE tema del precio de la energía ha sido la base de todas las discusiones diplomáticas y políticas de la quincena pasada. Como se sabe, hay dos puntos de vista diferentes en la manera de enfrentarse, en Occidente, con la cuestión. Uno es el francés; otro, el de Estados Unidos. Aunque ocultas por sus formas, por la instrumentación de sus mecanismos, las dos maneras de contemplar la cuestión ofrecen esta diferencia: los Estados Unidos pretenden una unión estrecha de consumidores que sepa enfrentarse con los productores, especialmente con los árabes, que tome medidas de represalia y que incluso —aunque se trate de ello con una gran discreción— pudiera llegar a la fuerza. La posición francesa es, por el contrario, la de negociar directamente con los árabes en una conferencia conjunta, llamada tripartita: los productores de petróleo, los países industrializados y los países del tercer mundo afectados por la crisis general (es decir, aquellos que no producen petróleo). El miedo

de Francia a la posición de fuerza es que los países árabes respondan a su vez con otro acto de fuerza, en forma de restricciones o de elevaciones de precio mucho más importantes que el 3 por 100 que acaban de anunciar en Viena. Los Estados Unidos podrían resultar casi indemnes de esta crisis, porque tienen su propia producción y disponen de la del subcontinente americano: dado que la economía de los países hispanoamericanos sigue estando en enorme parte controlada por los Estados Unidos, cualquier alza de los precios emitida por esos países sería rápidamente reabsorbida por las contrapartidas de Estados Unidos. La «cumbre» europea de París parece que ha estado dedicada en su parte menos pública por la presión de los otros países europeos sobre Francia para que encuentre una fórmula de compromiso. Y la entrevista de Ford y Giscard en la Martinica iba a servir para ello, o para lo que Giscard d'Estaing prefiere llamar «armonización». No podrá ser tal armonización más que una forma de cesión por parte de Francia. La razón es que el peso hegemónico de los Estados Unidos se hace sentir cada día más.

HAY una razón para ello: los países europeos desconfían continuamente unos de otros y de la posibilidad de unión. A pesar de los muchos años de funcionamiento del Mercado Común, la mayor parte de cada una de las economías de los países integrantes son estancas, y sus políticas son altamente nacionalistas. No solamente ninguno de los países comprometidos en Europa no han reducido sus diferencias nacionalistas, sino que las han exacerbado. Los primeros síntomas de la crisis del petróleo, en el último trimestre del año pasado, fueron como un grito de sálvese el que pueda, y ello favoreció mucho más a los Estados Unidos que a los propios árabes.

En la actualidad hay varios ejemplos disponibles. La profunda crisis económica y social de Gran Bretaña impulsa a los británicos a desprenderse de la Comunidad, a menos que mantenga en ella suponga exportar a los otros países su propia crisis, a lo que los demás se resisten. Italia, cuando se vio más amenazada por las dificultades económicas y financieras, procedió a levantar fronteras y aduanas para el comercio agrícola con los otros países del Mercado. Y cada vez que se produce una crisis de este tipo, el país o los países más afectados se vuelven hacia los Estados Unidos en solicitud de ayuda. Prácticamente, en venta de una parcela más de su independencia y de la autonomía de Europa.

TODO ello parece muy natural, siendo las cosas como son. Los Estados Unidos no han renunciado a uno solo de sus objetivos de posguerra (aparte de los de romper el régimen comunista en la URSS y en China, en lo que han fracasado totalmente), y tienen aún la fuerza para sostener su imperio europeo. En la última conferencia de la OTAN en Bruselas se ha visto muy claramente que los Estados Unidos —en la voz de Kissinger— estaban dispuestos a que por ningún concepto la crisis económica sirviese para reducir las fuerzas defensivas o para llegar a un acuerdo demasiado precipitado en la conferencia de seguridad y cooperación en Europa. Kissinger ha explicado a grandes rasgos los proyectos de acuerdo de Vladivostok —o lo que haya podido conve-





La entrevista de Ford y Giscard en la Martinica debía servir para buscar una fórmula de compromiso según lo decidido, entre bastidores, en la cumbre europea de París. Sin embargo, dado el cada vez mayor peso hegemónico de USA, todo compromiso equivale a cesión por parte de Francia.

nirle explicar—, para explicar a los europeos que no se ha llegado a ninguno que pudiera poner en peligro «la seguridad de Occidente» y para dar a entender con bastante claridad que toda esta temática de los acuerdos con el otro bloque son de la incumbencia directa de los Estados Unidos. Es decir, que no se ha salido de la bipolarización del mundo —por lo menos, en lo que afecta a Europa directamente—, y que siendo bipolar el sistema mundial, no cabe construir dentro del polo occidental murallas ni separaciones. Ha tenido un eco inmediato en Alemania Federal, por su ministro de Asuntos Exteriores, Genscher. Para la RFA, las iniciativas políticas europeas son siempre importantes, a condición de que no amenacen la solidaridad atlántica», y aún amplió que, «contra lo que se ha dicho», no ha habido progresos sustanciales en la conferencia de Viena (la que trata de la reducción mutua de fuerzas armadas en Europa) y que los países comunistas tienen una superioridad actual de 150.000 hombres y 9.500 vehículos armados sobre los europeos occidentales.

Si no hay posibilidad de evicción de las fuerzas armadas de los Estados Unidos en Europa, no la hay tampoco de liberarse de su dirección económica. Ni, por consiguiente, de la política.

DEL juego conjunto de inflación-paro-energía, lo que más temen los Estados Unidos es la inversión política. Las posibilidades de autonomía que tuvo Europa en los grandes momentos de la sociedad de consumo estaban favorecidas por la estabilidad social que proporcionaba y por el aburguesamiento de las clases sociales menos favorecidas; pero la crisis ha devuelto acuidad al enfrentamiento de clases, que estaba embotado. En toda situación política es más fácil el reparto desigual de la riqueza que el reparto de la escasez. Ahora que se trata de repartir la escasez, se intenta que una vez más pese sobre los sectores sociales débiles, y los Estados Unidos pueden presentar en Europa una serie de movimientos políticos y sociales que designan con el nombre genérico de comunismo, que la hace estar más presente que nunca en lo que está ocurriendo, y no puede permitir que haya intermediarios que no sean de su absoluta confianza, como lo es Schmidt —lejos del izquierdismo latente, aunque contenido y superado, de Brandt—, ni autonomías europeas. Tampoco puede tolerar que en el conflicto de Oriente Medio, úlcera de toda la cuestión —aunque no tanto origen como consecuencia—, los europeos hagan su propia política proábrabe.

CUANDO se dice, como se está diciendo ahora, que en la reunión de París los países europeos han modificado su línea de acción para buscar más una flexibilidad de cada nación dentro del contexto de todas las demás, se está diciendo de otra manera que se sigue lejos de la autonomía, de la independencia y, desde luego, de la unidad, y más cerca de los Estados Unidos.

OTAN

El peso de la defensa

La Organización del Tratado del Atlántico Norte tiene unos gastos militares, llamados de defensa, que se llevan al año unos 650/700 mil millones de pesetas considerados como irrecuperables (manutención de ejércitos, armamento obsoleto, maniobras, etcétera). En la reunión de ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa de los quince países miembros, que terminó en Bruselas el 13 de diciembre, algunos países pretendían que la crisis mundial económica hacía aconsejable reducciones importantes en ese presupuesto. Se les ha dicho que no. Se lo han dicho los Estados Unidos, secundados por Alemania Federal.

El argumento de que en estos momentos, y desde hace años, la reducción de tensiones con la URSS y los países del Pacto de Varsovia permitan que de alguna forma se bajara la guardia de forma que ésta resultase menos costosa, ha encontrado una respuesta retorcida por parte de Schlesinger —secretario de Defensa de los Estados Unidos— y de Kissinger —secretario de Estado—: la reducción de tensiones se ha conseguido gracias a la fuerza militar que ha presentado la OTAN desde su fundación, que ha disuadido a la URSS de atacar. Por lo tanto, para conseguir que continúe aumentando la seguridad mutua, lo mejor es no solamente mantener el nivel actual de defensa, sino aumentarlo: es decir, adquirir armas más modernas.

La sugerencia de que la OTAN podía entrar en negociaciones directas con el Pacto de Varsovia para llegar a un acuerdo mutuo de reducción de tropas y armamento no ha encontrado ningún eco. Se les ha respondido —siempre los Estados Unidos, siempre alguno de sus satélites— que las conferencias en curso para esta reducción no están dando ningún resultado y parecen bloqueadas, y que una nueva entre la OTAN y el Pacto de Varsovia no tendría sentido. Lo tiene, en cambio, la negociación directa entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, a la manera de la muy reciente de Vladivostok. La filosofía de Vladivostok expuesta en Bruselas por uno de sus protagonistas, Kissinger, consiste en llegar a un acuerdo para poner un límite a los «futuros aumentos» de armas, y no a las situaciones actuales o inmediatas. Más aún, en Vladivostok, Brejnev y Ford estuvieron de acuerdo en excluir de las negociaciones sobre armamentos los «sistemas de bases adelantadas» («forward based systems»), y este sistema se refiere concretamente a los bombarderos de la OTAN situados en Europa, con capacidad para el bombardeo nuclear. Se calcula que hay unas siete mil bombas nucleares de distintas clases y tamaños acumuladas en Europa occidental por los Estados Unidos. La propuesta holandesa de reducir ese número de armas, obteniendo concesiones similares por parte de la URSS, no ha sido atendida.

Un observador británico compara la situación militar de Europa a la de un guerrero medieval que pusiera demasiado peso y demasiado volumen a su armadura de hierro: quedaría inmobilizado, incluso para su propia defensa. Pero la filosofía de los Estados Unidos es terminante en esta cuestión: la crisis económica «engendra inestabilidad política hasta el punto de que la democracia puede estar en peligro (el ministro inglés del Exterior Callaghan, ha insistido en ese riesgo), a menos de que Europa encuentre un Keynes cita de Kissinger— que resuelva el problema como Keynes resolvió el de la crisis de 1929. Esas amenazas de inestabilidad política hacen que el costo de la defensa no se pueda reducir, puesto que los gastos militares servirán para defender «la democracia». Pero los gastos militares se suman a la crisis económica, y a su vez acercan más el fantasma de la inestabilidad política, de forma que habría que aumentar más los gastos militares para...

A menos que aparezca un nuevo Keynes y rompa el círculo vicioso. ■ J. ALDEBARAN.



En la reunión de ministros de Asuntos Exteriores y Defensa de los miembros de la OTAN, algunos países pretendían una reducción importante en los gastos de defensa. USA, secundada por Alemania Federal, ha dicho no.